

Landero, Luis

EL MÁGICO APRENDIZ

Barcelona: Tusquets Editores

Colección Andanzas, 1999. pp. 408.

Luis Landero, autor de *Juegos de la edad tardía* (1989), hito en las letras hispánicas contemporáneas, y de la novela de narrador colectivo *Caballeros de fortuna* (1994), nos sorprende con una tercera obra de largo aliento.

El mágico aprendiz pone en escena a un empleado de vida anodina que por azar escucha un nombre asociado a la escena de un crimen. Este nombre lo remonta a su

infancia y al recuerdo de un héroe de la guerra, amigo de su padre. El impulso de la remembranza lo mueve a indagar por el paradero del desconocido y así llegará a un edificio en ruinas donde conocerá a una mujer niña, Martina. Ella despertará una atracción instantánea con sus escasos diecinueve años. El amor —o la ilusión de él— promoverá el abandono de la cotidianidad y el conformismo. Matías Moro se sentirá impelido a crear una imagen deseable de sí mismo para la joven. Por ello, donará parte de sus ahorros para saldar las deudas de los inquilinos del edificio y salvarlos del desalojo.

De modo paulatino, se construirá en torno a él un aura de admiración y respeto. Ante lo cual, el cincuentón oficinista creará imperioso cambiar el destino de ese grupo de marginados. La idea de fundar una empresa cooperativa se materializará eufóricamente con la ayuda de su compañero Pacheco, admirador y estudioso de las técnicas del marketing. Al intento se sumará Martínez, un hombre hasta el momento taciturno e insignificante, pero que dará todo por el proyecto. Así, los tres, junto a un puñado de obreros extranjeros sacados de la marginalidad, emprenderán “la aventura” que dará sentido a vidas, hasta ahora, apagadas. Cada uno con su motivación contribuirá en la construcción de un líder para la fábrica de envases M.M. Hispacking. Matías Moro será la base sobre la cual crecerá el gran gerente. De este modo, serán oficinistas rutinarios de media jornada y hacedores de planes portentosos en su tiempo libre.

Punto climático de la novela es la fiesta de inauguración a la que se invita a toda la fauna influyente de Madrid. Sin embargo, el evento publicitario apoteósico será considerado como un espectáculo paródico del mundo empresarial contemporáneo. Incluso, será tomado por críticos literarios y periodistas como material susceptible de análisis.

Una interesante galería de personajes secundarios puebla el mundo novelesco. Don Joaquín Gayoso, padre de Martina y su afán por contabilizar la existencia; Doña Paula, quien ponía todo su énfasis vital en los programas televisivos de concursos; Ortega, el antiguo empleado de la empresa de envases y su intento por recuperar un imperio; Bernal, quien sin creer se sumó a la empresa y participó del gran espectáculo y Miss Josefina, una desgastada actriz en retirada que procura adivinar el futuro poéticamente.

En la novela se enfrentan dos esferas de poder. La de Castro, el dueño de la oficina financiera donde son simples empleados. Y la de Matías Moro, imagen gerencial adorada por sus seguidores. Ambos, señores en sus dominios y liderando a los mismos seres. Uno oprimiendo y ridiculizando, y el otro, dejando que sus trabajadores guíen sus decisiones en función de sus anhelos. De aquí que Matías sea un aprendiz del poder elaborado en base a la necesidad de satisfacción de las carencias ajenas. Él es quien guía al conjunto en tanto mágicamente es guiado por ellos.

El sueño de progreso acompaña a estos aventureros hasta las instancias más drásticas. Pues su objetivo es mantener al constructor de esperanza que les ha permitido ser y poseer algo digno de contar y recordar. Por ello, tras la quiebra, de un modo cercano al anhelo pastoril final de don Quijote, decidirán instalar una granja de avestruces y de ranas, con el fin de seguir en la aventura. Sin embargo, una propuesta y el desencanto del amor harán volver todo al comienzo.

El autor dispone la novela en veinte capítulos de títulos sugerentes, distribuidos en tres partes que retratan el antes, el durante y la caída de la empresa mercantil y a la vez existencial. Landero, como en su primera novela, recupera el acto de narrar, de plasmar mundos en detalle, a través de puntuales descripciones y abundancia dialógica. Los personajes se van construyendo junto con su proyecto y van actuando en el teatro comercial a medida que lo erigen.

Luis Landero consigue fundar el espacio propicio para una utopía efímera que se disuelve en el retorno al origen prosaico. No obstante, configura una renovada categoría de heroicidad, la cual consiste en la batalla del ser por plasmarse. Acogiéndose, con ello, a la definición orteguiana de héroe: “No creo exista especie de originalidad más profunda que esta originalidad “práctica”, activa del héroe. Su vida es una perpetua resistencia a lo habitual y consueto. Cada movimiento que hace ha necesitado primero vencer la costumbre e inventar una nueva manera de gesto”¹.

MARIELA INSÚA CERECEDA
Universidad de Chile